

Lanay, el lobo ciego

Las noches en los claros de Tirisfal no son demasiado frías, pero hay ocasiones en las que sopla un viento gélido de Rasganorte y provoca que los árboles silben una melodía discordante y que los animales permanezcan en sus madrigueras. Esa era una de esas noches, el cielo estaba despejado mostrando una enorme luna llena que bañaba con su luz los bosques de Lorderon. Parcialmente iluminados por esta luz que se filtraba entre las hojas, se movían sigilosamente unas grandes sombras cuadrúpedas cubiertas por una gruesa capa de pelaje. No parecían afectadas por el frío, pero sí que se apreciaba el vaho que producía su aliento. En su camino, estas sombras salieron de entre los árboles a un claro que se abría en medio del bosque, y ahora, estando completamente iluminadas por la luna, se podía distinguir sus formas. Sus cuerpos nos podrían recordar al de los lobos, pero eran más grandes, y pese a estar caminando a cuatro patas, su estructura ósea parecía pensada para ir sobre dos patas. Era como si se hubieran forzado a sí mismos a caminar a cuatro patas de una manera brusca pero eficiente. Había seis de estos lobos, todos más o menos del mismo tamaño, excepto uno, que era considerablemente más pequeño, y marchaba junto a uno de los lobos más grandes.

Este pequeño lobo contaba con un pelaje blanco como la nieve, del mismo color que su acompañante, y caminaba dando tumbos de un lado para otro observando todo a su alrededor y curioseando. Enseguida se fijó en que había una rama que asomaba por encima del manto de nieve y fue corriendo a desenterrarla, la agarró con la boca y volvió con una expresión de felicidad de nuevo al lado del lobo que le correspondió con un lametón en la cabeza. Poco después, la manada se adentró en el bosque. Caminaron varios minutos hasta que el lobo que dirigía la marcha se detuvo de golpe. Se hizo un silencio abismal, ya ni siquiera se escuchaba el sonido del viento y todos estaban pendientes de lo que ocurría a su alrededor. Fue en ese momento de silencio, en el que incluso pareciese que se había detenido el tiempo, en el que se escuchó un crujido.

El lobo en la delantera giró la cabeza en la dirección del ruido, pero antes de que pudiera decir nada, un rugido como el de un relámpago retumbo por el bosque, e instantemente el lobo se desplomó en la nieve. El resto contemplaron con tristeza durante un instante cómo un rastro de sangre surgía de su antiguo amigo tiñendo el suelo nevado. Después de eso surgió el pánico. Los 5 restantes comenzaron a correr, no sabían el número exacto de sus perseguidores, pero sabían que les superaban en fuerza y número por el coro de voces que se levantó después del disparo. El lobezno corría con todas sus fuerzas, intentando seguirle el ritmo a su acompañante, que de vez en cuando giraba la cabeza para comprobar que el pequeño seguía ahí. Estaba centrando toda su atención en correr, en conseguir dejar atrás las voces que oía a sus espaldas, y fue por eso por lo que no vio que iba directo hacia una trampa camuflada entre la nieve.

Los cazadores sabían que las presas a las que perseguían no eran cualquier cosa, y es por eso por lo que habían preparado trampas a la altura, estando estas pensadas para especímenes adultos. En cuanto el lobo pisó el activador, varias pequeñas explosiones se desencadenaron a su alrededor. Sintió un fuerte escozor en el costado y una de sus piernas, era como si le estuvieran arrancando la piel con una piedra, pero la peor parte fue en la cara. Varias esquirlas metálicas procedentes de las explosiones fueron directas a los ojos del lobo, esto le provocó un dolor tan intenso que hizo que cayera inconsciente.

Un instante después de la explosión, la segunda parte de la trampa se activó, encerrando al lobo ya sin conocimiento en una red que se elevó un metro por encima del suelo. El otro lobo, se había girado en cuanto escuchó la explosión y dio marcha atrás corriendo para proteger al pequeño, en cuanto llegó, se puso delante de la red encarando al grupo de cazadores que se acercaban, enseñando los dientes y gruñendo. Los cazadores, intrigados se acercaron a una distancia prudente y observaron la escena.

—Hey Hemet, ¿has visto a este huargen de aquí? Piensa que puede vencernos – dijo uno de los cazadores mientras cargaba su rifle y se reía entre dientes.

—Es una hembra, estúpido—le contestó con una voz seria y con autoridad un enano de pelo negro como el carbón que se adelantaba de entre la multitud—. ¿Es que no has aprendido nada de lo que te he enseñado? Son las hembras las que tienen más aprecio por sus crías.

El enano observó detenidamente a los dos huargen que estaban frente a él, ambos tenían un precioso pelaje blanco como el marfil. Hemet de pronto hizo un gesto con la mano, indicando al grupo de cazadores que no dispararan.

—Creo que podremos sacar un mayor beneficio si vendemos a estos dos vivos como animales exóticos, se de varios compradores que pagarían muy bien por ellos—Dijo Hemet con una voz grave y una sonrisa siniestra cubriéndole el rostro—. Pero los venderemos por separado, no quiero que la madre se ponga agresiva y dañe a su futuro dueño por culpa del pequeño.

El enano entonces hizo otro gesto con la mano, se escuchó un ruido sordo, y la huargen notó como algo se le clavaba en el cuello. Se giró y vio a un cazador subido a un árbol con lo que parece una ballesta apuntando hacia ella. Le lanzó una mirada asesina mientras se preguntaba cómo no había sido capaz de notar su presencia hasta ahora. Este cazador era un elfo de la noche de piel oscura, que llevaba un parche en el ojo derecho e iba cubierto al completo por un traje compuesto de hojas. Rápidamente la huargen sintió como se le iban las fuerzas. Empezó a tambalearse y cayó al suelo, siendo lo último que vio antes de perder el conocimiento a su cachorro en la red, el cual todavía parecía estar respirando. Eso le aportó algo de tranquilidad, aunque sea un poco.

El sol acababa de salir por el horizonte y una mezcla de marineros orcos, trols y taurens, ya estaban ocupados con las muchas tareas que requiere un barco, asegurar los nudos, izar las velas, corregir el rumbo... Estaban tan ocupados que casi ni reparaban en la mujer tauren de metro noventa que acababa de salir a cubierta a contemplar el mar. Ynur se erguía orgullosa apoyando sus musculosos brazos en la barandilla que la protegía de caerse por la borda. Sus cuernos no eran demasiado grandes, pero eran de un color negro que hacía juego con su pelaje pardo. Vestía una túnica con largas manga y de cuero grueso color beis, adornada por grabados azules y rojos. A lo lejos ya se podía divisar su destino, a esa distancia solo era visible una enorme estatua de un goblin, que parecía estar caminando sobre el agua. Otro tauren apareció de pronto al lado de Ynur, era un poco más alto que ella y mucho más corpulento, con unos cuernos estilizados que crecían hacia arriba varios centímetros por encima de su cabeza, y con un pelaje de la misma tonalidad marrón. Él iba vestido con una chaqueta grande y negra, adornada con cintas rojas por los hombros y el torso.

—Buenos días Arlen. —Consiguió decir Ynur con una voz pausada intentando disfrutar de unos últimos momentos de calma.

—Buenos días Ynur, me ha dicho el contraмаestre que llegaremos a Bahía del Botín en una hora.—Respondió Arlen con una voz muy grave y profunda.

—Menos mal—suspiró la tauren—, no aguanto más metida en este tronco gigante, y ya he pegado a dos orcos por haberme mirado mal.

—Te agradecería si no agredieras a mi tripulación. —Dijo Arlen intentando mantener su tono serio mientras se aguantaba la risa.

—Tranquilo, no volverá a pasar, ya han aprendido la lección.

— ¿No has cambiado nada de cuando éramos niños eh? Siempre metiéndote en líos, a saber cuántas veces te han tenido que regañar los ancianos mientras yo me encontraba en mis viajes.

—Tú también estás igual de serio, seguro que espantas a las mujeres de todos los puertos.

—Para ser un capitán pirata, tienes que hacer que la gente te respete. Además, sigo siendo capaz de molestar a mi hermana—Dijo Arlen mientras comenzaba a hacerle cosquillas y darle golpecitos en la cabeza a Ynur.

No sería correcto llamar a Bahía del botín una ciudad, es más bien un puerto en el que se han ido combinando barcos que ya no eran de utilidad formando una suerte de barrio con diferentes niveles de altura. La bahía está en situada en una fortaleza natural, es uno de los puntos más al sur de todo Azeroth, lejos tanto de la Horda como de la Alianza, convirtiéndola en un territorio neutral donde reinan los piratas, el contrabando y el juego. Un sitio así no podría estar dirigido por otros que los goblins.

Era medio día y la calle principal estaba a rebosar de gente. Ynur estaba acostumbrada a la tranquilidad de su tribu en la que apenas había unas 30 personas, las aglomeraciones la agobiaban. Dado su tamaño, los hermanos tauren tuvieron que caminar abriéndose camino a través de la multitud. No pasó mucho tiempo hasta que se pararon frente a una choza con un montón de vegetación en el interior y un letrero en el que se leía “herbolario”.

—Arlen, ¿enserio era necesario que yo viniera, no podías haberme comprado tú los materiales? —comentó Ynur visiblemente incómoda con la situación.

—Yo no sé sobre plantas, no habría sabido cuales comprar ni aunque me lo hubieras puesto por escrito. Sobre todo, tratándose de goblins, que siempre van a intentar engañarte, así que ándate con ojo—Contesto Arlen poniendo la mano en el hombro a su hermana—. No voy a poder acompañarte a comprar porque debo reunirme con un viejo amigo. Cuando termines, espérame aquí en la puerta de la tienda, este sitio es peligroso si no sabes por donde vas.

—Te parecerá bonito, dejar a tu hermanita pequeña sola en una ciudad llena de sucios piratas.

—Te recuerdo que soy uno de esos sucios piratas, y además, conociéndote seguro que te puedes apañar tu sola para tratar con el dependiente. Nos vemos después, intenta no causar ningún problema—Exclamó Arlen mientras se iba haciendo un gesto con la mano a modo de despedida—.

Ynur entró con decisión a la tienda, ya llevaba un tiempo buscando componentes para unas pociones en las que estaba trabajando y después de preguntar a muchos viajeros concluyó que, dada la rareza de los materiales, lo mejor era ir a bahía del botín. Tuvo suerte de que su hermano estuviera por la labor de llevarla, desde que se marchó de la tribu apenas venía de visita. Dicen que muchos hombres nunca dejan el mar una vez surcan sus aguas, puede que este fuera el caso de Arlen.

Ynur quedó sorprendida de la increíble variedad de plantas presentes en la tienda, encontró rápidamente lo que andaba buscando, y además vio varias flores preciosas que eran desconocidas para ella. Antes de que el goblin detrás del mostrador empezase a agobiarla con ofertas, Ynur fue directamente a pagar por los artículos que quería, dio un último vistazo al pequeño bosque que había allí dentro y salió de nuevo a la calle.

Al volver a fuera, su hermano todavía no se encontraba allí. Era medio día, y ríos de gente no paraban de ir de un lado para otro, “Por Mu’sha, que lugar tan irritante, mejor espero a Arlen dentro de la tienda” pensó Ynur. Pero justo antes de darse la vuelta, se fijó en un puesto que había un poco más abajo de la calle. Estaba compuesto por unas cuantas mantas y un montón de jaulas colocadas de manera descuidada unas sobre otras. Al ver el puesto, no pudo evitar pensar en las condiciones en las que debían estar los animales que tenían encerrados ahí, lo que estarían sufriendo. En su tribu ella era una de las druidas, encargada de mantener el equilibrio natural entre la gente y el ecosistema, era su deber sagrado defender a los animales si estos estaban siendo maltratados. Sin pensarlo dos veces, Ynur se dirigió con paso firme hacía el puesto, todo el que se le cruzaba por delante era automáticamente empujado al suelo de madera.

Cuando Ynur estuvo frente al puesto, pudo ver con más detalle lo que allí se vendía. Había alrededor de unas veinte jaulas de hierro, todas ellas con un animal encerrado en su interior. Las jaulas no eran grandes, las más voluminosas con suerte alcanzaban el medio metro. Las bestias que encerraban eran igualmente de tamaño pequeño, era fácil de apreciar que no había ningún espécimen adulto, y todas ellas tenían una expresión de miedo en sus caras. Hubo una que llamó especialmente la atención de Ynur.

Era un lobezno, pero era distinto a todos los lobos que había visto antes, tenía las extremidades más grandes y parecía estar apoyando casi todo su peso en sus patas traseras. Se encontraba dando vueltas torpemente en el poco espacio que tenía disponible, pero lo hacía mientras mantenía sus ojos cerrados. Al fijarse un poco más, Ynur observó que el pequeño tenía heridas que no habían acabado de cerrarse por completo en sus párpados y toda la zona alrededor de sus ojos. La mujer tauren enseguida comprendió lo que le había sucedido a aquella pobre criatura.

—Veo que le interesa el pequeño huargen señorita, mis clientes habituales no lo quieren porque el muy inútil se quedó ciego cuando lo atraparon, te lo puedo dejar a buen precio.—
—Dijo el goblin que regentaba el puesto.

El goblin era el único encargado, pero había contratado a cinco matones trols que iban bien armados y se repartían alrededor de todas las jaulas, no dejando que la gente se acercase más de la cuenta.

— ¿Huargen? Jamás había escuchado sobre ellos. Dime, pequeña rata verde sin pelo, de donde has sacado a estas criaturas. —Contestó Ynur visiblemente cabreada.

Después de decir esto, la muchedumbre que se arremolinaba alrededor se empezó a fijar en la conversación y los trols comenzaron a acercarse sutilmente. El puesto era muy llamativo por la increíble colección de animales exóticos que presentaba, tenía basiliscos de tanaris, raptores de multitud de colores, e incluso un lechucico.

—Señorita, te concedo el premio a comentario más original, me han llamado demonio muchas veces, pero nunca rata. ¿No conoces a los lobos malditos del norte de los reinos del este? Cuentan que hace mucho tiempo fueron druidas elfos, pero jugaron con magia que no debían. Y sobre mis contactos, lo siento eso es información privada. —Comentó el goblin con una sonrisa de oreja a oreja.

Ynur se quedó un instante aturdida con lo que acababa de decir el goblin, “¿ese animal era producto de la magia druídica? No tenía sentido, cuando yo me transformo siempre es reversible, debo investigarlo” se preguntaba en su cabeza.

—Mira traficante, vamos a hacer lo siguiente, tú me das al lobo, que a saber que es lo que tu retorcida mente piensa hacer con él cuando nadie te lo quiera comprar, me dices la ubicación de los cazadores que han raptado a todas estas criaturas de sus hogares, y a cambio no me transformo en oso y te arranco la cabeza.— Dijo Ynur con una voz firme, con muchas pausas, marcando cada palabra.

—Parece ser que no vamos a llegar a un acuerdo señorita.

Todo el mundo que estaba en el puesto se había quedado callado y observaban atentamente la escena. Había una tensión tan grande en el ambiente que casi era tangible. El silencio que se produjo después de que el goblin dijera esa última frase, fue roto por los trols que estaban acercándose ahora con un ritmo acelerado hasta Ynur.

—Ohe tú, a veh si ereh tan gallita depueh de teneh unah palabrah con nosotroh.—Exclamó uno de los trols con el dialecto tan característico de su raza.

Uno de los trols había llegado ya al lado de Ynur, fue a agarrarla del brazo, pero de pronto, el trol notó que su propio brazo era agarrado por alguien más. El trol giro la cabeza y se encontró de frente con un tauren que le miraba desde arriba con una mirada que le hizo querer salir corriendo. Lo único que se lo impedía es que lo tenía agarrado con tanta firmeza, que pensaba que, si intentaba escapar, le iba a partir el brazo.

Junto al imponente tauren se encontraban unos 10 miembros de su tripulación, estaban tranquilos, casi parecía que algunos sonreían, como si aquella situación no supusiera ninguna amenaza para su capitán. En ese momento se empezó a levantar un murmullo entre la muchedumbre, muchas de las caras eran de sorpresa y se escuchaban algún que otro susurro.

—Esos son....

—Me lo imaginaba más alto

—Que hace él aquí.

La cara del goblin había cambiado de una sonrisa condescendiente a una expresión que podría interpretarse como una mezcla entre nerviosismo y miedo.

—A-A-Arlen, no sabía que estabas en bahía del botín. ¿Co-como te va el negocio?—Balbuceaba el goblin.

—Zatval, ¿te ha dado permiso el almirante para vender estos animales aquí? Dada su rareza, pueden atraer muchas miradas a la bahía, y eso no nos interesa. —Respondió el tauren todavía sujetando el brazo del trol

—Justo iba a ir a preguntarle esta tarde, ya sabes que por las mañanas es cuando mejor se venden las mercancías.

—Te propongo un trato, entrégale el Huargen a Ynur, si de verdad es una bestia mágica, ella sabrá como ocuparse de él. Me dices quienes son tus proveedores que se dedican a comerciar con criaturas peligrosas. Y pasaré por alto que has montado este puesto sin autorización.

—Agh, está bien —Suspiró el goblin a la vez que escribía un nombre en una nota y se la pasaba al Arlen—.

Arlen soltó el brazo del trol, cogió la nota, la leyó y se la guardó en un bolsillo de la chaqueta sin hacer ninguna expresión. Mientras, otro de los trols cogió la jaula en donde estaba encerrado el huargen y se la llevó a Ynur. El huargen, en cuanto notó el movimiento, se puso un poco nervioso, comenzó a olfatear y dar vueltas sobre si mismo, haciendo algún que otro sonido agudo. Cuando Ynur cogió la jaula, intentó calmarlo haciendo movimientos suaves con la jaula y susurrándole que ahora todo iba bien.

—Gracias Zatval, ya nos veremos. ¿Has encontrado lo que venias a buscar Ynur? —Dijo Arlen mientras se daba la vuelta.

—Si, ya lo tengo todo.

—Pues entonces vámonos, el viaje de vuelta es largo.

Y así partieron los dos taurens junto a los miembros de la tripulación, dejando tras de sí a la multitud todavía preguntándose que acababa de pasar en esa calle de bahía del botín.

Era una noche tranquila y Ynur se encontraba en su cabaña, la travesía desde bahía del botín hasta cuna del invierno tomó varias semanas, pero agradeció haber podido pasar tiempo con su hermano. Se veían solo en ocasiones muy especiales y la reconfortó saber que no solo está bien, sino que al parecer se había ganado toda una reputación entre los piratas. En la despedida, se dieron un abrazo haciendo quizás demasiada fuerza para ver quién de los dos cedía antes, y se prometieron que se verían más a menudo.

Con respecto al Huargen, en cuanto subieron al barco lo sacaron de su jaula y comprobaron que las heridas de sus ojos le habían provocado una ceguera total. Por suerte, pudieron tratarlas y terminaron de curarse sin provocarle infecciones, pero la ceguera ya era irreversible. Los primeros días, la bestia estaba aterrada como es natural, gruñía a todo el que se acercaba por lo que le alimentaban dejándole un cuenco con comida y agua a una distancia prudente. Poco a poco se fue acostumbrando a Ynur que era quien más tiempo pasaba con él, y cuando estaban acabando la travesía se podría decir que el cachorro ya era como uno más de la tripulación. Decidieron que Ynur fuera la encargada de cuidar de él, así que se quedaría con ella en la tribu. Una vez llegaron a su destino, decidieron ponerle entre todos un nombre al huargen. Hubo multitud de propuestas, nombres como Grok o Magar por parte de los orcos, Zen´fir o Jin´be de los trols... Pero al final, terminaron poniéndole un nombre tauren, en honor a Ynur que fue quien le rescató. Lanay, es un nombre que suelen poner en la tribu a los niños nacidos en invierno, encajaba bien con él pequeño lobo de pelaje blanco.

Lanay correteaba por la baña, esta estaba sustentada por troncos y forrada con pieles que servían de aislante. No era muy grande, pero cabían fácilmente unos 5 taurens. Para Ynur era espacio de sobra ya que vivía sola. Había una única habitación dividida en secciones por varias cortinas de piel o de tejidos bordados. El cachorro ya se había hecho a la cabaña, dada su ceguera, de vez en cuando se chocaba con algún mueble, pero era capaz de recordar de manera general la distribución de la cabaña.

Ynur lo miraba con ternura, le había cogido mucho cariño, pero no podía evitar sentir curiosidad por su origen. Había preguntado al resto de druidas sobre lo que le dijo el goblin, y ellas le hablaron de que algunos de los druidas más antiguos adoraban a los dioses salvajes, y que entre ellos hay uno que adopta la forma de un lobo. Es posible que perdieran el control de sus transformaciones por seguir el camino equivocado y que acabaran convirtiéndose en lo mismo que ahora es Lanay. Después de reflexionar mucho sobre ello, Ynur pensó en que alomejor podría curar la ceguera de Lanay si utilizara la misma magia drúidica de la que su raza surgió. Emplearía un ritual de metamorfosis modificando los hechizos que ella utiliza en sus transformaciones sobre sus ojos dañados del huargen y así conseguir que se regeneraran.

Ynur fue a coger unas hierbas de varios recipientes repartidos por la casa, las puso en un cuenco y las trituro. Cuando estaban molidas, las mezcló con un poco de jabalí seco que era la comida favorita de Lanay y se las ofreció, lo que provocó que a los pocos minutos entrase en un profundo sueño. La mujer lo levantó con delicadeza y lo colocó suavemente sobre su cama, la cual era un amasijo de pieles en el suelo.

Estaba nerviosa, nunca había intentado algo así, pero sentía la necesidad de ayudar a Lanay, o al menos intentarlo. Alrededor del pequeño colocó varias plantas y flores, dibujando un patrón que ayudaría a canalizar su encantamiento. También prendió unas velas, para ayudarla a concentrarse, haciendo que la cabaña ahora se asemejase a una sauna por el humo.

Con todo listo, Ynur alzó sus brazos y comenzó a invocar a las energías de la naturaleza al mismo tiempo que las redireccionaba hacía el huargen. Unos haces de luz verde empezaron a surgir de sus brazos, generaban patrones en el aire y poco a poco iban llenando la runa que estaba marcada en el suelo. Ahora la habitación estaba iluminada con ese resplandor esmeralda y a Ynur le costaba cada vez más mantener el hechizo activo.

Las dudas empezaron a arremolinarse sobre la cabeza de la mujer druida, y si el hechizo salía mal, y si por su culpa al cachorro le pasase algo. Esos pensamientos se adueñaron de ella, lo que hizo que no se concentrara en la poderosa magia que estaba invocando. Sin quererlo, Ynur aumento la intensidad de su encantamiento, más y más runas verdes aparecían alrededor de la tauren, la runa desprendía tanta luz que ya apenas veía a Lanay. Por miedo a que perdiera el control por completo, Ynur intentó acabar el hechizo de manera forzada, liberando así una oleada de energía para cortar la conexión con Lanay.

Todas las luces se apagaron de golpe y la habitación se quedó a oscuras. Ynur no veía nada, en ese momento tuvo miedo de haberle hecho algo a Lanay. Fue corriendo a encender otra vela, y cuando se acercó a comprobar si el huargen estaba bien, lo que la tauren se encontró para su absoluta sorpresa, fue a un niño humano con el pelo blanco como la nieve que dormía plácidamente entre las pieles que conformaban su cama.

Epílogo

La ciudad de Orgrimmar siempre suele estar a rebosar de gente. Uno pensaría que casi todos los habitantes de la capital de la Horda son orcos, y aunque es cierto que estos conforman una mayoría, es sorprendente la variedad racial que se observa en las calles. Grupos de trols que exponen sus piezas de caza exóticas entre las que se encuentran piezas de enormes dinosaurios; algún no-muerto solitario y demasiado centrado en sus propios asuntos; taurens que hacen las veces de sacerdotes y se dedican a repartir víveres entre algunos orcos que viven en las calles.... Entre todo este gentío, se puede ver a un pequeño adolescente humano, que pese a su tamaño no consigue pasar desapercibido. Era extremadamente inusual ver a un humano en orgrimmar, y aunque ahora mismo las facciones no estaban en guerra, no eran comunes las interacciones.

La gente observaba sin disimular a este chico, porque aparte de ser un humano, portaba ropajes que cualquier miembro de la horda sabría identificar que son de origen tauren. No eran pocos los que pensaron al verle que seguramente hubiera matado a un tauren y se hubiera quedado con su armadura, pero dada la complexión del chaval, eso era demasiado improbable. Alguno incluso llegó a imaginar que el niño ese había osado mancillar un cadáver que se hubiera encontrado por el camino. Estos pensamientos por suerte desaparecieron de la gente en cuanto observaron como el chico pasaba un rato hablando y saludándose cordialmente con el grupo de tauren que atendía a los desfavorecidos.

Lanay caminaba a buen ritmo, le acompaña en el hombro su amigo Torigos, un dragón azul que había criado desde que salió de su huevo. Pese a que Lanay no veía las caras con las que lo miraban mientras atravesaba las calles, Torigos siempre se mantenía alerta, llegando a realizar un pequeño siseo amenazante si veía a alguien que los miraba demasiado mal.

—Hssssshhhhh— Exclamó Torigos a un orco que casi parecía que iba a escupir en la cabeza de Lanay cuando este pasaba a pocos centímetros por debajo de él.

— Hey Torigos calma, tenemos que caer bien recuerdas? No queremos que nos echen de la ciudad antes de reponer nuestras provisiones — dijo Lanay antes de que nadie reaccionará a la amenaza de su dragón mientras le rascaba un poco el lomo.

Lanay continuó su camino por las caóticas calles, que además de ya ser especialmente caóticas de por si por no estar asfaltadas y tener muchas pequeñas ramificaciones, y cabañas entre ellas. Además, es que apenas se podía caminar por el flujo de gente que iba en múltiples direcciones sin respetar ninguna clase de orden de circulación. Lanay caminaba gracias a su bastón, y en caso de encontrarse con algún obstáculo demasiado grande, Torigos lo avisaba dándole toquecitos con la cabeza.

Nuestro chico humano había conseguido desarrollar al extremo su oído para poder ser capaz de cazar sin usar los ojos. Pero esa habilidad ahora le estaba dando un verdadero dolor de cabeza porque venían toda clase de ruidos de todas las direcciones. Las pisadas, la gente hablando, los comerciantes gritando sus mercancías, los guardias gritando a quien se pasaba de la raya...

Entre todos esos sonidos, había uno que estaba sonando de vez en cuando pero que estaba siendo camuflado por todo el ajeteo que había en la ciudad. Este era el ruido del oro que se agitaba dentro de las bolsas de monedas que la gente normalmente llevaba colgadas del cinturón. A escasos metros de Lanay, caminaba contento un goblin, y cuando está sonriendo, significa que ha cerrado un buen negocio, algo que les encanta mostrar, para que la gente vea lo buenos comerciantes que son, y por eso llevaba su bolsa de oro bien cargada, casi en exposición, a la izquierda de su cintura.

Este goblin no pasó desapercibido, un momento después de que este atravesará un callejón al que no llegaba demasiada luz del sol, unos ojillos se iluminaron a la vez que sonaba una risa aguda. El goblin, seguía su paso dando grandes pasos, como si caminara en un desfile, lo único que le faltaba era ir pregonando cuanto era lo que había ganado. De repente, delante suya sin saber de dónde había venido apareció una vulpera, iba vestida con unas telas deshilachadas y con agujeros. Era obvio para el goblin que era una vagabunda, y eso lo puso un poco nervioso.

— Señor, por favor, ¿podría comprarme uno de estos anillos? Son un regalo que me hizo mi madre antes de morir, pero necesito el dinero para poder comprar comida para mis hijos. Son muy valiosos lo juro, vienen de una antiguo civilización de zandalar. — Suplicaba la vulpera con la cara más triste que el goblin había visto en su vida.

Los anillos, eran unas piezas de bisutería que a ojos expertos habría sido fácil de ver que eran piezas de bisutería genéricas que cualquiera habría encontrado en un mercadillo, pero el goblin tampoco tenía muchas ganas de tratar con vagabundas, esa gente podía llegar a apuñalarle si estaban muy desesperados.

— Ammm anda pues mira sí que parecen artículos exóticos desde luego, pero no puedo comprar algo tan valioso, no podría permitirme dejarte sin ese recuerdo de tu madre. Toma, una moneda de plata, con ella podrás comprar la comida que necesitas. — Contestó el goblin con mucha incomodidad, haciendo evidente que quería irse cuanto antes de ahí.

— Oh señor muchas gracias, ¡a salvado usted a mi familia! —Exclamó la pequeña vulpera mientras que se abalanzó de un saltó hacía el goblin para abrazarlo.

— ¡Señora suélteme, baje!, o llamaré a los guardias — Gruía el goblin intentando apartar a la vulpera que lo abrazaba con más fuerza de la que habría esperado.

— Oh perdone, lo siento, ya me voy, no puedo expresar lo agradecida que estoy, siempre tendrá un hueco en mi corazón. — Respondió la vulpera con una sonrisa de oreja a oreja mientras se apartaba del goblin.

—No hay de que señorita, un comerciante debe saber compartir sus riquezas con los más desfavorecidos porque.....— Dijo el goblin mientras se quitaba el polvo y observaba su ropa para ver si tenía alguna mancha cuando reparó en que su bolsa ya no estaba.

El goblin al ver que su bolsa de oro había desaparecido levantó la cabeza para mirar a la vulpera, pero está se había esfumado completamente. Unos metros más delante en la calle, la misma vulpera se metió en otro callejón y se quitó los harapos para ponerse unas ropas de cuero muy aptas para viajes largos. Nuestra pequeña amiga se apoyó en la esquina de calle para tantear su nuevo botín, se pasaba la bolsa de oro de una mano a otra intentando determinar cuánto valía por su peso. Mientras tanto, estaba observando la calle buscando a su siguiente objetivo, y después de dar un par de vueltas con los ojos, de golpe volvió a poner esa sonrisa de oreja a oreja, pero esta vez no estaba fingiendo.

Lanay, pese al incesante ruido, no se había desorientado completamente, los tauren le habían dado indicaciones de donde encontrar a unos buenos peleteros para poderle reponer sus materiales de caza, herramientas y provisiones. Debía ir al norte de la ciudad, su cabaña estaba cerca de una pequeña cascada, en una zona con menos ajetreo de gente. Por desgracia todavía se encontraba metido en la marea de personas y el intentaba seguir el norte a la vez que hacía lo posible para que no lo tiraran al suelo, pero era más fuerte de lo que parecía. Mientras caminaba, a Lanay le pareció escuchar entre todo el ruido, el sonido de arena rozando, de telas rozándose cerca suya, que de haber sido muy paranoico habría dicho que seguían un patrón. Esos sonidos siguieron, y empezó a sentir que estaba siendo observado. La sensación siguió conforme el ruido incluso parecía hacerse más intenso, pero a la vez casi imperceptible, como si fuera parte de la propia calle. De pronto oyó un roce demasiado cerca y decidió pararse en seco.

— ¿No has visto nada raro? ¿Avísame si ves a alguien sospechoso vale compi? — Le susurró Lanay a Torigos mientras le daba una caricia larga.

Lanay continuó caminando y lo más extraño es que no volvió a escuchar ese ruido extraño de arena y tela. Pero a pocos metros de él, nuestra amiga de orejas grandes se escondía entre la gente con una bolsa de monedas entre las manos. Le llamaba la atención la bolsa, tenía muchos detalles bordados en rojo y azul, y se notaba que tenía una buena cantidad.

La vulpera se acercó a un extremo de la calle y notó como una pequeña nota de sudor le caía por la frente. “Wow quien es ese humano, casi me descubre incluso utilizando mi habilidad de sigilo”. Casi por inercia, la chica empezó a seguir a Lanay por las calles, manteniendo una distancia más que prudente por si la volvía a sentir. Observó como Lanay entraba en la peletería, una cabaña preciosa adornaba con pieles y huesos de animales que tenían diferentes grabados. Decidió esperarle, y cuando salió, no pudo evitar ponerse la mano en la boca al ver que el chaval tenía los ojos cerrados y estos contaban con múltiples cicatrices. En ese momento todo hizo clic en su cabeza y pudo deducir que el chico era ciego y había podido escucharla acercarse. “Vale necesito arreglar esto” pensó la pequeña.

— Bueno Tori, ya tenemos todo a sí que podemos ponernos en marcha de nuevo, estoy deseando acampar al raso para solo escucharte a ti y al viento” — Dijo Lanay soltando un suspiro de alivio.

El chico inició su camino de vuelta a la puerta principal de Orgrimmar, pero antes de volver a entrar en la muchedumbre escuchó un siseo de Torigos y al instante notó que se chocaba con alguien de frente, yéndose directo al suelo con esa persona encima.

— ¡Ay! Ups, perdóname, estaba pendiente de mis cosas y no miraba por donde iba. Espera que te ayudo a levantarte — Exclamó una chica vulpera, mientras agarraba del brazo a Lanay poniéndole el pie.

— No es nada no te preocupes, estoy bien, yo tampoco te he visto llegar—Respondió Lanay con una pequeña sonrisa señalándose los ojos cerrados—.

Cuando Lanay se terminó de incorporar, Torigos saltó de su hombro y dio un par de vueltas aleteando alrededor de la muchacha, terminando delante suya muy cerca de su cara. La miró detenidamente unos instantes y después volvió al hombro de Lanay y lanzó un pequeño rugido, que más que un rugido se habría asemejado más a un maullido por su intensidad.

Mientras eso sucedía, la vulpera estaba calmada, pocas veces hablaba con alguien mostrándose con sus verdaderas intenciones, quería realmente corregir su error. De haber intentado aguantar la respiración o esconder algo, el dragón podría haberla pillado como casi hacía unos cuantos minutos atrás.

— je, je parece que le has caído bien. El es mi compañero Torigos, y yo soy Lanay, encantados de conocerte. — Dijo Lanay mientras mostraba una sonrisa con unos dientes extrañamente afilados y el pequeño dragón hacía su saludo particular basado en rugidos y siseos.

— Un placer conocerte Lanay, yo soy Litta. Si no es indiscreción, que hace un humano en medio de la capital orca, estás atrayendo muchas miradas.

— Venimos de paso para comprar provisiones. Tenemos un largo viaje por delante hasta Silithus y me han dicho que más al sur no es tan común encontrar asentamientos.

Litta observaba de arriba abajo al niño y no conseguía entender como un chico tan pequeño y además siendo ciego estaba yendo de viaje solo por Kalimdor. Un sentimiento estaba surgiendo de ella, no sabía si era curiosidad por saber más sobre él, o si sentía la necesidad de ayudarlo por lástima. Fue en ese instante que a Litta recordó a un pequeño vulpera, y la impotencia que sintió por ser incapaz de ayudarlo.

— Ya veo, pues justamente yo y mi socio nos dirigimos hacia Tanaris en mi caravana, si estás interesado podrías unirte, siempre que ayudes con las tareas claro—Dijo Litta dejándose llevar un poco por la situación.

Pasaron unos segundos de silencio en los que Litta pensó que alomejor se había precipitado un poco invitando a este niño a unirse a ellos, pero de pronto Lanay pegó un pequeño brinco.

— Voy a poder ir en una caravana? ¡Es genial! ¿Qué dices Torigos, nos apuntamos? —Exclamó Lanay mientras se giraba ligeramente hacia su dragón y este le contestaba con un par de aleteos.

— Entonces está decidido, sígueme, estamos aparcados cerca de la puerta principal, donde se juntan los aventureros a realizar duelos, no veas lo bruta que es la gente de esta ciudad.

— Y que lo digas, caminando por las calles la gente se va empujando la una a la otra, casi parecía que me estaban bloqueando el paso a propósito.

— Si nos damos prisa, podemos partir esta tarde y podremos acampar alejados de la ciudad. Creo que Belinos y tu os vais a llevar bien.

Guiado por Litta, Lanay cruzó de nuevo las calles de Orgrimmar. Esta vez por zonas menos transitadas, pequeños pasadizos solo conocidos por aquellos que saben como moverse sin ser vistos, todo porque la chica vulpera se había encariñado de un niño que, aun siendo mitad bestia, tenía demasiada inocencia como para dejarlo solo.